

Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza; y estando en esta confusión, muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: "Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.—Ya lo oimos, señor," respondió Dorotea; y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que, lo que se cantaba, era esto:

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

"MARINERO soy de amor,
y en su piélago profundo
navego, sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente
que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adónde me guía,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando mas verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto."

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte, la despertó, diciéndole: "Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago por que gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida." Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decía; y, volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero, apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y, abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: "¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podía hacer, por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír á ese desdichado músico.—¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas.—No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que, si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente." Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometían, y así le dijo: "Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que, con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto.—Sea en buen hora," respondió Clara; y, por no oírle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguían en esta manera:

"Dulce esperanza mia,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda

Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias,
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo."

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y así, le volvió á preguntar qué era lo que le quería decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podía hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: "Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre, en la córte; y, aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una, de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaría conmigo; y, aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre, no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar, sin dalle otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señas de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos nunca pude verle, para despedirme dél siquiera con los ojos; pero, á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que, si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admiréme, y alegréme: él me miró, á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí, en los caminos y en las posadas do llegamos; y, como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y, adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse